

Producción creativa

## **EN LA ESPERA**

**José Darío Martínez Milantchi**

Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, MX

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-6319-3650>

Cómo citar: Martínez Milantchi, J. D. (2025). En la espera. *Punto y Coma*, XVIII, 38–42.  
<https://doi.org/10.67098/zsgf2a83>

© 2025 Autores. Este es un artículo de acceso abierto bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

**SAGRADO**

Universidad del Sagrado Corazón

<https://journals.sagrado.edu/index.php/puntoycoma>



producción creativa

## EN LA ESPERA

José Darío Martínez Milantchi

Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, MX

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6319-3650>

La oficina de la doctora Elena Ojeda está en el séptimo piso de la torre del “Ashford Medical Center” como orgullosamente proclama su letrero en letras blancas sobre fondo gris. El camino es bastante recto, casi todo sobre la avenida principal de Condado, también bautizada con el nombre del doctor Bailey K. Ashford, coronel del ejército estadounidense. Las aceras son más o menos fiables considerando los boquetes y las grietas que suelen amenazar a los peatones en San Juan, no hace falta virar mucho y estando a solo unas cuadras del mar, el olor a sal siempre te puede orientar. Es un complejo de ocho pisos con una capilla, un gift shop, su propio laboratorio y oficinas de pediatras, ginecólogos, algunos especialistas en cardiología, otorrinolaringología y una buena dosis de cirujanos colorrectales. De todas partes emana el olor a clorox típico de los hospitales.

En la entrada, con más buen humor que vigilancia, se para un guardia que saluda con modales superiores de una crianza fuera del área metro. Han pasado más de diez años y me parece que es el mismo de siempre. Recibe a los pacientes, o mejor dicho clientes, con jovialidad y una de cinco frases hechas cuando ve alguna cara conocida: “aquí estamos a la orden”, “seguimos, seguimos, echando pa’ lante”, “sí, señor, a pie de cañón”, “yo soy el único que viene al hospital sin estar enfermo”. Justo detrás suyo, las puertas automáticas ceden el paso cuando un sensor detecta algún movimiento cercano.

Condado, vecindario nombrado en homenaje, sazonado con típico sarcasmo boricua, al conde bilbaíno Pablo Ubarri, es de los barrios más ricos de San Juan y la mayoría de los parroquianos reflejan ese mal gusto de gente con dinero viviendo en un país en quiebra. Suben la nariz como si olieran mierda de perro en un zapato vecino y no arrastran los pies por cansancio. Aquí no se respira el aire de desesperación que domina el Auxilio Mutuo, que mi abue-

lo siempre llamaba “la antesala del infierno”. Dicho esto, también llegan referidos que han escuchado que la doctora Ojeda tiene buen corazón y a veces da consultas de gratis a pesar de sus veinte años de experiencia, treinta y cinco si incluimos su residencia y la famosa “fellowship” que tuvo que completar antes de volver a la isla para instalar su práctica, bastante exitosa, dicho sea de paso. En esos veinte años, la doctora ha diagnosticado un sinfín de estigmatismos, miopías e hipermetropías, ha completado talleres de tecnología láser y compró una casa de playa en Palmas del Mar financiada por las cirugías de cataratas que cubre el Medicare para los mayores de 65. También ha vendido miles y miles de espejuelos y lentes de contacto. Ella suele bromear diciendo que los oftalmólogos son los únicos médicos que te venden accesorios a la salida de la consulta.

En algunos pocos casos, que por ser pocos se olvidan con más dificultad, ha tratado a pacientes después de accidentes que los han dejado ciegos, ha tenido que explicar a niños de cinco o seis años que tal vez nunca puedan ver como los otros y les ha revelado a jóvenes que esa pequeña molestia en su visión periférica era el primer indicio de una condición congénita, que les brindarían el mejor tratamiento posible para dilatar los efectos finales, pero, a partir de ese día, como si el diagnóstico acelerara lo maligno, su vista empeoraría hasta perderla.

Más allá de la venta de gafas y lentes que se exhiben en una pequeña vitrina en forma de columna rectangular, el ambiente en la sala de espera de un oftalmólogo es distinto al de otros doctores. Nueve de cada diez pacientes están allí para una revisión rutinaria. Supongo que en eso se parece a un dentista, aunque siempre se comenta que los dentistas son sádicos mientras los oftalmólogos no tienen ninguna reputación definida, que yo sepa. Muchos pacientes llegan resignados después de luchar con espejuelos

comprados en farmacias que ya no les proporcionan suficiente aumento, pero con la confianza de que eso se podrá arreglar. Los ochentones que llevan lentes oscuros y vendajes aparatosos dan gracias a Dios de que hoy en día sea mucho más fácil operarse comparado a la época de sus padres —qué barbaridad eso de cortar el ojo con una navaja para extirpar el cristalino ya nublado y reemplazarlo con un lente—. La prevalencia de la degeneración macular en los mayores de edad, y la aparente multiplicación de ancianos en la isla durante los últimos quince años, significa que debajo del perfume antiséptico, en la oficina de la doctora Ojeda hay un inconfundible olor a vejez que se mezcla con el perfume de pus y conjuntivitis que portan los niños con infecciones inocuas.

Eso sí, no se asemeja a la oficina de un ortopeda, por ejemplo, donde las muletas y los cabestrillos acompañan caras sombrías que exhalan dolor en cada respiro. Tampoco es como la antesala de un oncólogo, donde las emociones están a flor de piel y se establece una extraña solidaridad entre los que cruzan el umbral. Un día, cuando esperaba que mi padre terminara su sesión de quimioterapia, una mujer me abrazó. Quizás pensaba que era yo el enfermo, o simplemente me tuvo pena porque nadie en esa oficina estaba bien, pero me abrazó, me acarició la espalda con gesto de consolación y murmuró, Dios te bendiga, m'ijo. Eso nunca pasaría en el oftalmólogo.

La gente no se fija en las salas de los oftalmólogos porque van una vez cada cinco años y no miran bien. Por ejemplo, siempre hay una niña de seis o siete años con un parche sobre un ojo. Ese es el tratamiento clásico para la ambliopía, el ojo perezoso o vago, casi cruel en su racionalidad: tapan un ojo por un tiempo determinado para obligar al débil a reaccionar y fortalecerse. Los niños se curan más o menos rápido y no vuelven a aparecer. A mí hasta me han contado que hoy en día hacen parches graciosos que parecen girasoles o bolas de basket para que no se burlen de ellos en la escuela. Con todo y eso, seguramente los molestan y se puede identificar fácilmente a un niño hiperactivo que recorre sin cesar toda la sala porque sabe que hoy le quitan la venda y puede dejar de ser el círculo de su salón.

También, invariablemente, hay un señor agriado que viene recuperándose de una operación con secuelas dolorosas. Estos reaparecen porque generalmente, donde hay uno, hay dos, y operar ambos ojos a la vez es muy difícil para el paciente y su fami-

lia. Acuden para su primera intervención, después de dos semanas vuelven para quitarse las vendas y someterse a la segunda, y a la tercera visita ya son libres. En su última aparición, ya no están tan malhumorados y dan mucho las gracias, casi exageradamente; se nota que no confiaban del todo en que se les restaurara la vista con relativa facilidad. Me he preguntado si los oftalmólogos sufren por la naturaleza transitoria de la clientela, pero supongo que es mejor que ver pacientes que nunca se curan. Aun así, debe ser solitario: no poder desarrollar relaciones a largo plazo, que siempre sean ojos nuevos diciéndote que las letras se ven un poquito más nítidas o un chín más borrosas cuando completan la prueba de Snellen. Pocos saben que así se llama el examen visual con las letras haciéndose más chiquitas. Un truco es que hoy en día solo se usan las letras C, D, E, F, L, O, P, T y Z; así que, si de verdad no puedes ver y quieres pasar el examen, lo mejor es adivinar entre esas opciones. De allí viene lo de vista 20/20, porque el paciente debe estar a 20 pies del cartel con las letras.

La sala de espera de la doctora Ojeda es bastante típica, no es que conozca tantas, pero a un par he ido para consultas y segundas opiniones, aunque no fue por falta de confianza en la doctora, no me vaya a malinterpretar, son cosas que se hacen, por protocolo. La oficina no tiene ventanas y resplandece una luz industrial fuerte y uniforme. Además de convertir la oficina en un verdadero freezer, el aire condicionado prendido al máximo opera como ruido blanco que estorba la conversación. Los jóvenes no traen jacket ni abrigo, pero el frío no les afecta tanto; los adultos por lo general van preparados por eso de no querer coger catarro, aunque siempre hay algún desprevenido que tiritita en la esquina y sale al pasillo para calentarse un poco o fumar de su cigarrillo electrónico aunque me han dicho que eso ahora está prohibido. El baño está al final del pasillo al lado del elevador y hay que pedirle la llave a la recepcionista. El llavero, que lleva escrito a mano “DRA. OJEDA 707” en letras negras, es un bloque largo de madera maciza para que a nadie se le olvide devolverla.

Hay un dispensador de agua con uno de esos litros gigantes y los conitos de papel laminados en plástico. Todas las puertas tienen campanitas que anuncian entradas y salidas: la puerta principal, la que separa la recepción del área privada y la de cada cuarto de examinación. Aunque casi todos allí pueden ver, por cortesía a los pocos que sufren crónicamente, no

hay revistas ni magazines, pero sí hay juegos para los niños, Legos, un teclado de plástico. Hay ocho sillas idénticas alineadas en paredes opuestas, tan juntas que parecen una butaca de cine de una sola pieza al que solo le faltan los portavasos, y el cuero falso de las cubiertas chilla cuando te reposicionas. Todo fractal y ordenado. Siempre me siento en la primera silla a la derecha, así solo tengo un vecino en vez de dos. Desde allí son ocho pasos en diagonal hacia la puerta cuando llaman mi nombre, 13 pasos hacia el cuarto 1, la primera a la izquierda, y 16 hasta el cuarto 2, la segunda. En su oficina privada, la doctora ha colgado sus diplomas y las constancias de todos los cursos de adiestramiento en terapias novedosas que luce con orgullo. “Hay que actualizarse, hay que estar actualizada” repite, pero se nota que simplemente le gusta aprender. Un día me hizo leer un certificado de la National Federation of the Blind que se le otorgó por completar un curso en la transcripción de la notación musical al Braille.

La recepción es el dominio exclusivo de Chichi, la eterna secretaria que seguramente fue contratada cuando comenzó la práctica y que ha hecho de ella su pequeño feudo. Saluda a todos por su primer nombre, añadiendo don o doña para los canosos y de vez en cuando señor o señora en casos intermedios. A todos los niños les dice mi amor. Es una pieza clave. Más allá de haber diseñado el sistema de citas y digitalizado los archivos de todos los pacientes, una labor monumental, su encanto humilde combate la rabia de los clientes a causa de la eterna tardanza de la doctora. Por mucho que se actualice en su campo, la doctora Ojeda está crónicamente atrasada en su agenda diaria. Los pacientes que tienen cita a las 9:00 entran a las 9:00, pero después de eso hay una demora de casi 90 minutos por paciente, no sé cómo lo logra. Evidentemente, en la sala todos se quejan. Ofrecen las críticas clásicas: “si yo llegara una hora y media tarde al trabajo me despedirían sin pedir explicaciones”, “¿Por qué no se puede seguir el horario tal y como está? ¿de veldá es tan difícil?”, y “si yo cancelo me cobran, pero aquí me tienen esperando to’ el día como si no tuviera na’ que hacer”. Ella sabe que no me enoja así que, si alguien está verdaderamente desesperado, le he dicho que me salte. Yo me quedo y observo, tal vez sea extraño, pero así disfruto. Sin embargo, al fin y a la postre se le tolera su falta de puntualidad, porque la doctora es muy hábil. Tiene fama bien merecida de diagnosticar con notable acierto casos enigmáticos, explica con autoridad y escucha con dulzura. No habla con prisa como

todos los doctores, habla como todo el mundo. Por todo esto, los mismos que se quejan con amargura en la sala de espera jurando no volver a pisar esa oficina ni si se le estuvieran cayendo los ojos, emergen sonriendo y casi abrazándola.

Y en ese momento, cuando un paciente se despide, él, ella o su acompañante, ofrece un buen deseo a los que aún se quedan atrás en ese limbo. “Que salgan pronto”. Ese es el más común. En los últimos años he notado un fenómeno peculiar que delata una extraordinaria sensibilidad a la palabra: nadie repite una frase que ya se ha utilizado durante su espera. Sé que todos los que estaban cuando entré se han ido cuando vuelve a asomarse ese “Que salgan pronto”. El próximo suele decir “Mucha suerte a todos”. Los religiosos dicen “Que dios los bendiga”. Si es viernes dicen “Bonito fin de semana”. Desde después de Thanksgiving hasta el final de las Octavitas es admisible decir “Felices pascuas” o simplemente “Felicidades” en reconocimiento a la eterna Navidad puertorriqueña. Los niños son sabios y suelen añadir un simple “Adiós” cantadito a lo que ofrecen sus padres. A veces estoy feliz cuando la doctora se salta mi turno porque me deja pensar más en qué quiero decir. Trato de no repetir nunca, ni lo que dicen los otros ni lo que yo mismo he dicho en el pasado, me lo tomo como una responsabilidad y siento que, en parte, la tradición de evitar la redundancia depende de mi fidelidad.

Una vez le confesé a la doctora que me pone nervioso tener que inventarme una frase original frente a los compañeros de la sala de espera en cada visita. Fue un día que justo cuando me llamaron, la señora que salía dijo “Les deseo mucha salud”, la misma expresión que yo había escogido para ese día, dejándome poquísimo tiempo para inventarme una nueva. Desde entonces, cuando puede, la doctora me da citas al final de su día laboral, qué suerte la suya que solo trabaja hasta las tres. Entonces cuando salgo, hay silencio. Ya no hay nadie y como solo está Chichi, después de darle la tarjeta del seguro y fijar la próxima cita, le puedo decir “Nos vemos pronto”, que sería de mal agüero si se ofreciera a un grupo de posibles enfermos. Cuando soy el último, la doctora Ojeda habla bastante conmigo, me cuenta de la investigación más reciente publicada en *Ophthalmology* o *Progress in Retinal and Eye Research*, las dos revistas que luchan por ser la más importante de la oftalmología contemporánea, y me describe con entusiasmo los tratamientos experimentales que pro-

meten avances esperanzadores. Una vez me contó la historia del doctor Ashford, su llegada durante la Guerra del '98 como militar del ejército invasor y su matrimonio con una puertorriqueña que lo instigó a quedarse. Yo no sabía que el buen coronel había sido pionero en la erradicación de la uncinariasis, la supuesta anemia tropical, causada por parásitos que entraban por los pies descalzos de los jíbaros ni que trató a más de 300,000 personas, reduciendo la tasa de mortalidad de esta aflicción a casi cero. Me animó a que visitara su antigua residencia, la casita rosada propiedad del municipio de San Juan en la Calle Cervantes que hoy en día es un pequeño centro cultural donde organizan “noches de bohemia” con música en vivo.

A mí me divierten estas tertulias con la doctora, aunque mi madre solía desesperarse porque yo hacía muchas preguntas. Me gusta saber los nombres clínicos de las enfermedades y la taxonomía precisa de la anatomía ocular. Ella me acompañó en las primeras citas, aunque no estuvo en la primera. Fue en mayo de 2004. Sobreviví mi primer año en la UPI, me hicieron el bautizo de los prepas rapándome la cabeza, echándome Barbasol y haciéndome bailar la pelúa, fumé un pollito enrollado con papel de la Biblia bajo el gazebo y me emocioné con la idea de una huelga. También iba a clases, pero cuando leía las fotocopias que repartía el profesor, mis ojos me molestaban. Se desenfocaban como si fuera una cámara que ha perdido su punto de referencia y me tenía que esforzar para seguir leyendo. Era como tener que pensar para respirar. Tanto así que salía con dolores de cabeza que poco a poco se transformaron en migrañas cuyo único remedio era estar en cama con las luces apagadas y las cortinas bajas. Hasta paré de leer el segundo semestre y mis notas bajaron. Vivía con mis padres y cuando mi madre me vio frotándome las sienes por enésima vez, me obligó a hacer una cita con Ojeda. “Es muy buena, su hermana estudió con tu papá y dice que es la mejor. Estudió en Johns Hopkins, le pregunté a tu tío Eduardo y él me dijo que es de confianza”. Le dije que estaba bien, que iba a llamar para ver si conseguía una cita para la próxima semana; me imaginé que solo era cuestión de comprar un par de espejuelos, nunca me gustó la idea de usar lentes de contacto y meterme el dedo al ojo. Cuando volví ese día, me esforcé por hacerme el macho, no lloré en el camino de vuelta a casa, pero tan pronto me preguntó “¿Cómo te fue? ¿Todo

bien?”, no me pude contener y las lágrimas nublaron la figura de mi madre que me abrazaba para calmar mis sollozos. Pensó que se trataba de otra cosa, cuantas de amor o algo así. “Pero ¿qué pasó, mi cielo? Ven acá.” Ya no la veo, pero sí escucho su voz.

Cuando terminamos, la doctora me guía por el hombro, aunque es consciente de que me sé el camino de memoria. Hoy le pido a Chichi que me dé la próxima cita para las 11 porque quiero salir a la 1, la hora pico cuando el público espera con máxima atención, y decir: “Espero no verlos más nunca”.